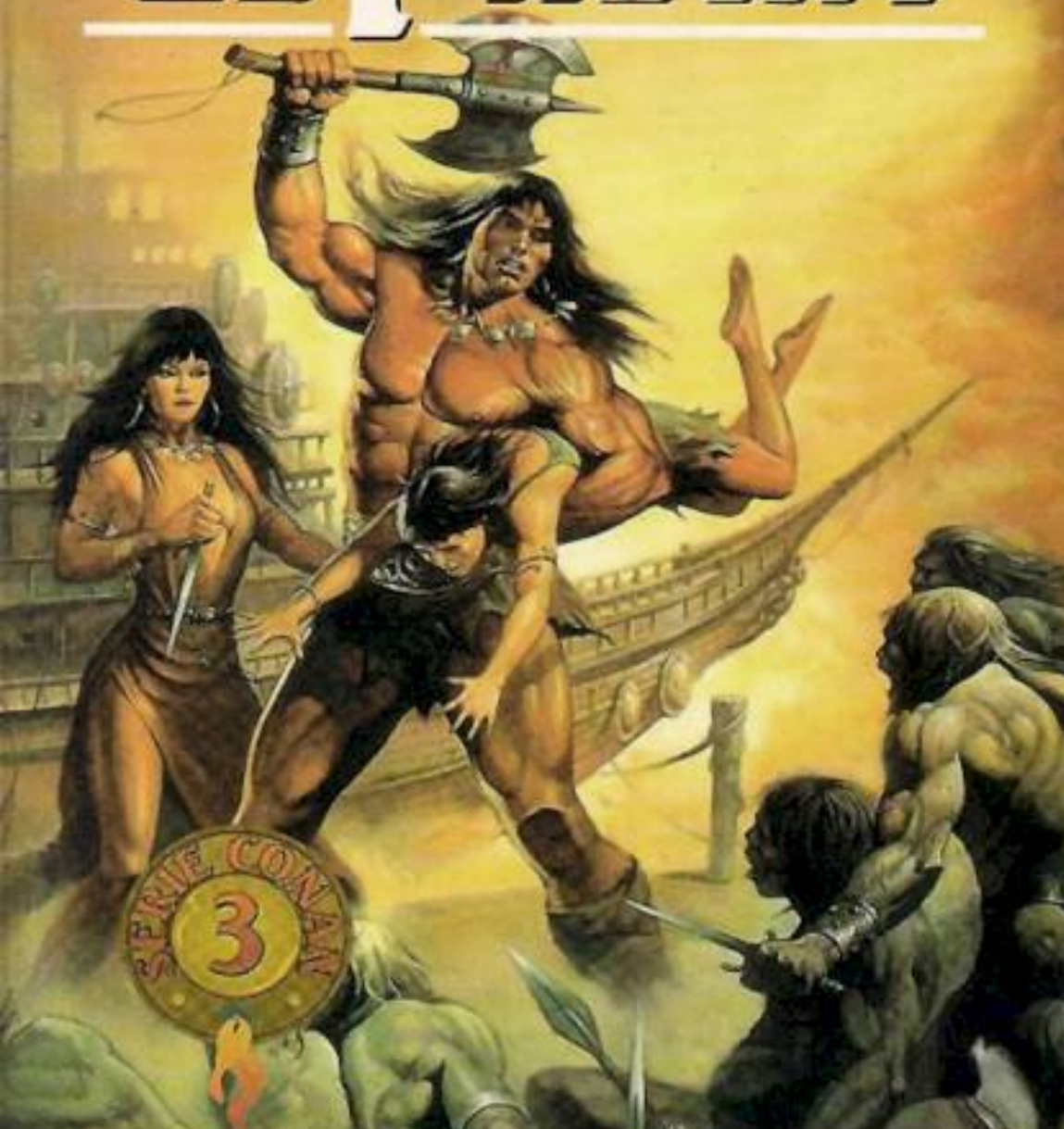
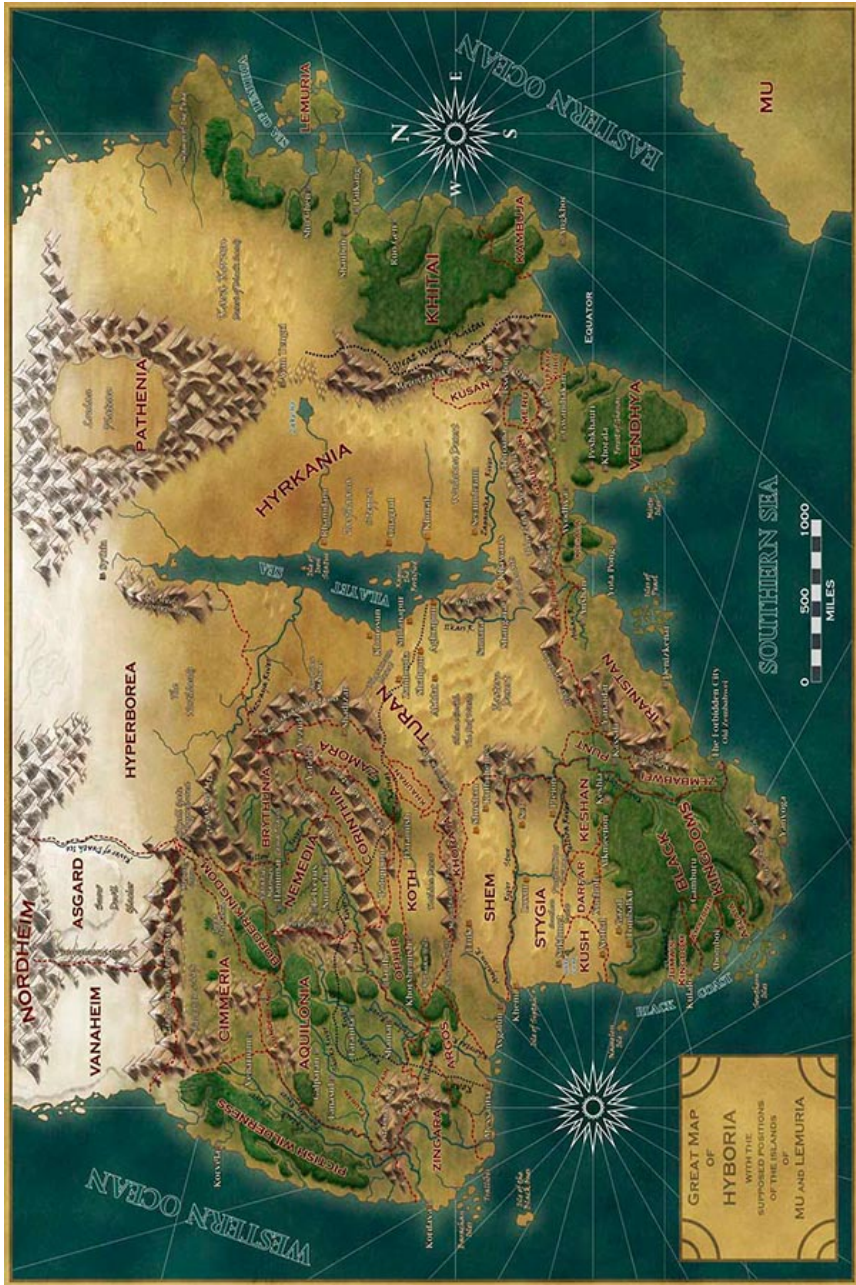


Robert E. Howard

CONAN EL PIRATA



Durante el tiempo que vive como compañero de Belit, Conan se gana el apelativo de Amra el León, nombre por el que será conocido siempre en la costa negra y el reino semicivilizado de Kush. De regreso al norte, Conan sirve durante breves períodos como guerrero en diversas guarniciones y ejércitos. Pero el bárbaro no tiene madera de servidor y siempre encuentra motivos para buscar fortuna en otra parte. Sus correrías y la suerte del mercenario, le llevan a formar su propia banda de forajidos. Hasta que eventualmente, sus actividades llegan a enfrentarle a su antiguo señor el rey Yildiz de Turán.



Introducción

Robert Ervin Howard (1906-1936), el creador de Conan, nació en Peaster, Texas, y vivió la mayor parte de su vida en la ciudad de Cross Plains, situada en la zona central de Texas. Durante su breve vida (que terminó en suicidio a la edad de treinta años), Howard escribió y publicó una gran cantidad de relatos de diversos géneros populares: deportivos, de detectives, del Oeste, históricos, de aventuras, de ciencia ficción, cuentos de misterio y de fantasmas, además de poesías y cuentos fantásticos. De las diversas series de relatos de fantasía heroica, las más conocidas son las historias de Conan. Dieciocho relatos de Conan fueron publicados en vida de Howard; otros ocho, desde meros fragmentos y esbozos hasta manuscritos completos, han aparecido entre los papeles de Howard a partir del año 1950. Las historias inacabadas han sido completadas por mi colega Lin Carter y por mí.

Por otro lado, a comienzos de la década de los cincuenta, rescribí cuatro cuentos de aventuras orientales de Howard que se encontraban en forma de manuscrito y que, naturalmente, todavía no habían sido publicados, y los convertí en historias de Conan cambiando nombres, suprimiendo anacronismos e introduciendo elementos mágicos y sobrenaturales. Esto no fue difícil, puesto que los héroes de Howard, en líneas generales, están cortados por el mismo patrón y la obra resultante, a pesar de mi colaboración póstuma, sigue siendo básicamente creación de Howard. Dos de estos cuentos retocados aparecen en este libro de rela-

tos de Conan: *Halcones sobre Shem* (llamado originalmente *Halcones sobre Egipto*), una historia que tiene lugar en Egipto en el siglo XI, bajo el reinado del califa loco Hakim, y por otro lado *El Camino de las Águilas*, situada en el Imperio otomano en el siglo XVI.

Además, mis colegas Lin Carter y Björn Nyberg han colaborado conmigo en la creación de varios pastiches basados en algunas pistas que encontramos en las notas y cartas de Howard.

Las historias de Conan se desarrollan en la Edad Hiboria inventada por Howard, que existió imaginariamente hace doce mil años, después del hundimiento de Atlantis y antes del comienzo de la historia escrita conocida por todos. Conan, un gigantesco aventurero bárbaro originario de las atrasadas tierras del norte, concretamente de Cimmeria, llegó de joven al reino de Zamora, donde llevó una vida precaria como ladrón, profesión que ejerció también en los países vecinos. Después sirvió como mercenario, primero en el ejército de Turan y más tarde en los reinos hiborios.

Obligado a huir de Argos, Conan se hizo pirata y viajó por las costas de Kush, asociándose a una pirata llamada Belit, que contaba con una tripulación de corsarios negros. Después de la muerte de Belit y de algunas aventuras espeluznantes entre varias tribus negras, volvió a alistarse como mercenario en Shan. Es aquí donde comienza este volumen de cuentos.

Hace aproximadamente veinte años, mi viejo amigo John D. Clark, químico y entusiasta aficionado de Conan desde mucho antes que yo, preparó para su publicación en Gnome Press los diez relatos que entonces se conocían. En esa ocasión escribió una elocuente introducción para el primer volumen de la serie de Conan, que nos da una visión del mundo imaginario de Howard en general y de las historias de Conan en particular.

El doctor Clark me ha dado autorización para que lo cite:

Tropecé con la Edad Hiboria hace casi diecisiete años. Fue un encuentro extraordinario, que tuvo lugar un día que me sentí atraído por una llamativa cubierta de la revista Weird Tales de septiembre de 1933, en la que se leía The Slithering Shadow (La sombra deslizante), y así conocí a Conan. Fue un encuentro fructífero que dio lugar a una relación que duró muchos años, y desde entonces he seguido las aventuras de ese personaje poco convencional con mucho interés. Poco después (en 1935 más o menos), Schuyler Miller y yo decidimos desentrañar el mundo de Conan, lo que nos resultó muy fácil. Los distintos países aparecían sobre el papel y encajaban casi perfectamente en un verdadero mapa. Le escribimos a Howard y pudimos comprobar que el mapa que él había hecho coincidía casi exactamente con el nuestro; la biografía de Conan que él había escrito también era idéntica en los puntos más importantes a la que Miller y yo habíamos elaborado a partir de los datos que contenían las historias. Si no recuerdo mal, uno de los únicos puntos de desacuerdo se refería a una diferencia de dos años en la edad de Conan en alguna de las historias.

En ese momento nos dimos cuenta de que nos encontrábamos frente a un narrador que conocía su oficio. Y cuando leímos el manuscrito de la Edad Hiboria poco antes de que fuera publicado, estuvimos seguros de ello.

De todos modos, en los años siguientes conseguí reunir el resto de los cuentos fantásticos de Conan añadiéndoles, entre otros, los del Rey Kull. Era evidente que aun cuando algunos de ellos aparentemente habían sido escritos antes de que se le ocurriera esa magnífica idea, pueden inscribirse perfectamente en su mundo...

En las historias de Conan hay fragmentos de la biografía de ese personaje extraordinario, tal como hemos deducido Miller y yo, que dan cuenta de la mayor parte de los viajes y aventuras que no aparecen en los propios relatos. Sin embargo, no se explica cómo consigue deshacerse de la mujer de la que habitualmente está prendado al final de cada uno de los cuentos y cómo consigue otra en el relato siguiente. Dicho sea de paso, puedo sugerirlo como tema de estudio para un doctorado. Los resultados de la investigación literaria pueden ser al menos tan interesantes y útiles como un ensayo que pretenda esclarecer definitivamente si Francis Bacon o el Conde de Oxford fueron realmente quienes escribieron las obras del supuesto escritor llamado William Shakespeare...

No pretendo escribir acerca de Robert E. Howard como ser humano. No lo he conocido personalmente, y quienes tuvieron el gusto seguramente podrían hacerlo mejor que yo. Yo lo conocí solo como autor de algunos cuentos fantásticos increíblemente buenos. Lo único que no muere con el cuerpo de un escritor son sus historias... y los relatos de Howard no van a morir entre quienes aman sinceramente y con entusiasmo la aventura con mayúsculas. Usted probablemente sea uno de esos lectores, porque de lo contrario no habría comprado este libro.

Howard era un narrador de primera clase, con un asombroso dominio técnico y sin ningún tipo de inhibiciones. Tomó con entera libertad lo que le gustaba de los aspectos más espectaculares de todas las épocas y lugares, nombres propios de todo tipo de origen lingüístico imaginable, armas de cualquier lugar y época, grupos sociales y costumbres del mundo antiguo y medieval y lo combinó todo creando un universo coherente y sin una sola brecha visible.

Luego agregó una gran dosis de elementos sobrenaturales para dar más color y sabor al conjunto, y el resultado es un universo de color púrpura, dorado y carmesí en el que todo es posible, salvo el tedio.

Los héroes de Conan nunca son profundos, pero jamás resultan aburridos. Kull, Solomon Kane, Bran Mak Morn y Conan mismo están vivos, hablan, caminan y están hechos de una sola pieza. Tal vez no sean la clase de personas a quienes invitaríamos a una fiesta de sociedad, pero ciertamente no son personajes fáciles de olvidar. Conan, el héroe entre todos los héroes de Howard, es el bravucón armado, indestructible e irresistible que todos hubiésemos deseado ser en un momento u otro de nuestras vidas; las mujeres, tanto en apariencia como en maneras y vestimenta (o en la ausencia de esta) son las integrantes perfectas de los harenes tal como estos deberían ser, pero no son (¿y no es una pena, y no sería agradable que fueran más comunes?); los villanos son perfectos villanos; los brujos son brujos con espadas, y las apariciones que conjuran o que están bajo su poder no son (¡gracias a Dios!) de este mundo.

Por encima de todo, Howard era un narrador. Eso es evidente desde el comienzo hasta el final de cada historia. Siempre está ocurriendo algo y la fluidez de la acción nunca decae: un incidente se funde suave e inevitablemente con el siguiente sin una pausa para el lector. No hay que buscar significados filosóficos ocultos ni rompecabezas intelectuales en los cuentos, porque no se encontrarán. Howard era un narrador. Sus relatos son aventuras de capa y espada llevadas al límite e incluso un poco más allá, condimentadas con algo de sexo para alejar el tedio de cualquier biblioteca.

De modo que aquí está el libro. Si usted ha leído a Conan, ya sabe a qué atenerse. Si no lo ha hecho y es adicto a las aventuras fantásticas, puede reparar la falta y sentarse a leer ahora mismo historias de dioses, demonios, guerreros y sus mujeres, y de sus aventuras en un mundo que nunca existió, pero debió existir. Si la historia que se presenta no coincide con lo que usted sabe acerca de esta —si la etnología es extravagante y la geología aún más— no se preocupe. Howard escribía acerca de una Tierra diferente de esta..., una Tierra pintada con colores más brillantes y a mayor escala.

Sin embargo, si usted insiste en leer historias realistas —si para usted las novelas tienen que tratar de seres introvertidos y sufrientes en un universo brutal —, si el estilo que le gusta es el «real como la vida misma» o ha de estar relacionado con la psicopatología o con la situación del mundo, entonces, amigo, este no es un libro para usted. Será mejor que se encierre en algún cuartucho a leer Crimen y castigo. Pero yo no estaré allí con usted..., yo tengo una cita con la Edad Hiboria y estaré ocupado toda la noche.

John D. Clark

Nueva York, 5 de abril de 1950

Para más información y datos acerca de Howard, de las historias de Conan y de la fantasía heroica en general, puede consultar los otros libros de esta colección.

L. Sprague de Camp

Halcones sobre Shem

Robert E. Howard & L. Sprague de Camp, 1955

Después de los hechos acontecidos en el relato Un hocico en la oscuridad, Conan, disgustado por el escaso éxito conseguido en los países negros, se encamina hacia el norte y cruza los desiertos de Estigia en dirección a las praderas de Shem. Durante su viaje, la reputación que ha logrado le vale de mucho. Finalmente, ingresa en el ejército del rey Sumuabi de Akkharia, una de las ciudades-estado que se encuentran en el sur de Shem. Debido a la traición de un tal Othbal, primo de Akhirom, rey loco de Pelishtia, las fuerzas akkharías caen en una emboscada y son aniquiladas. Solo sobrevive Conan, que sigue el rastro del traidor hasta Asgalun, la capital de Pelishtia.

La corpulenta figura cubierta con una capa blanca se volvió rápidamente, mientras maldecía en voz baja y aferraba la empuñadura de su cimitarra. Pocos hombres osaban deambular por las calles de Asgalun, la capital del reino shemita de Pelishtia, al caer la noche. En la oscuridad de las sinuosas callejuelas del infame barrio portuario podía ocurrir cualquier cosa.

—¿Por qué me siges, perro?

La voz era áspera, y pronunciaba la lengua gutural shemita con acento hirkanio.

Otra silueta de gran estatura surgió de las sombras; este hombre vestía, al igual que el otro, una capa de seda blanca, pero no llevaba casco.

—¿Has dicho «perro»? —dijo con un acento que no se parecía en absoluto al hirkanio.

—Sí, perro. Me has estado siguiendo...

Antes de que el hirkanio terminara la frase, el extranjero se abalanzó sobre él con la rapidez de un tigre. El hirkanio intentó sacar la espada, pero antes de que pudiera desenvainarla un enorme puño le golpeó en la cabeza. De no ser por su poderosa constitución y por la malla que colgaba de su casco, tal vez le hubiera roto el cuello. De todos modos, salió despedido y cayó sobre el empedrado, quedando la espada fuera de su alcance.

Mientras el hirkanio sacudía la cabeza tratando de volver en sí, vio a su contrincante de pie ante él, con el sable desenvainado. El forastero dijo con voz atronadora:

—¡Yo no estoy siguiendo a nadie y no permito que nadie me llame perro! ¿Entiendes, perro?

El hirkanio buscó su espada con la mirada y comprobó que el extranjero la había alejado aún más de un puntapié. Tratando de ganar tiempo hasta que pudiera recuperar su arma con un salto, dijo:

—Perdóname si te he confundido, pero me han estado siguiendo desde el anochecer. Sentí unos pasos furtivos por la oscura callejuela y de repente apareciste tú, en un lugar muy apropiado para cometer un crimen.

—¡Ishtar te confunda! ¿Para qué iba a seguirte? Me he perdido. Jamás te había visto y espero no volver a...

Un rumor de pasos hizo volverse en redondo al desconocido, que saltó hacia atrás y giró un poco para no tener que dar la espalda al hirkanio y tampoco a los recién llegados.

Cuatro cuerpos fornidos emergieron amenazantes de las sombras. La tenue luz de las estrellas se reflejó en las hojas curvas de sus sables; también brillaron sus dientes blancos

y sus ojos, que contrastaban con la oscura piel de sus rostros.

Hubo un instante de silencio lleno de tensión. Luego, uno de ellos murmuró algo con el suave acento de las tierras negras:

—¿Cuál es nuestro hombre? Aquí hay dos, vestidos casi de la misma manera, y la oscuridad los hace parecer gemelos.

—Acuchillemos a los dos —repuso el otro, que sacaba media cabeza a sus fornidos compañeros—. De ese modo no nos equivocaremos y tampoco habrá testigos.

Después de decir esto, los cuatro negros avanzaron en absoluto silencio. El extranjero dio dos saltos hasta el lugar en el que había caído la espada del hirkanio.

—¡Toma! —gritó, al tiempo que arrojaba el arma al hirkanio, que la cogió al vuelo. Luego se enfrentó a los atacantes profiriendo una maldición.

El gigante kushita y otro negro se acercaron al extranjero, en tanto que los otros dos se enfrentaron al hirkanio. El forastero, con la misma rapidez felina que ya había demostrado, saltó hacia adelante sin esperar a que lo atacaran. Una breve finta, un sonido metálico y luego un corte fulgurante que separó la cabeza del tronco del negro más bajo. El gigante negro también atacó asestando un fuerte mandoble a su oponente, que pudo cortarle en dos por la cintura.

Pero, a pesar de su tamaño, el extranjero se movió con más rapidez aún que la espada, que silbó en el aire de la noche. Se agachó con una tremenda agilidad, de modo que la cimitarra pasó por encima de su cabeza. Y mientras estaba en cuclillas frente a su adversario, asestó un mandoble a las piernas del negro. La hoja le dio en los músculos y en el hueso. El negro retrocedió cojeando y levantó la cimitarra para atacar de nuevo, pero el extranjero dio un salto y hundió el sable hasta la empuñadura en el pecho del gigante negro. La sangre inundó el brazo del forastero. La ci-

mitarra cayó de la mano de su temible rival, que se desplomó muerto.

El extranjero sacó la espada del cadáver y se volvió rápidamente. Entonces vio que el hirkanio se enfrentaba a los dos negros con toda frialdad y retrocedía lentamente para mantenerlos frente a él. De repente lanzó un sablazo contra el más próximo y le atravesó el pecho y la espalda. El negro soltó la espada y cayó de hinojos con un quejido. Al caer se aferró a las rodillas de su enemigo con desesperación. El hirkanio trató de deshacerse de él con un puntapié, pero fue en vano. Aquellos brazos negros con músculos de hierro lo mantenían inmóvil, mientras el otro negro atacaba cada vez con más furia.

Al tiempo que el kushita contenía la respiración para asestar un mandoble que el inmovilizado hirkanio no hubiera podido parar, el negro oyó unos pasos precipitados detrás suyo. Antes de que el kushita pudiera volverse, el extranjero ya lo había ensartado con tal furia que la hoja de la espada le salió por el pecho, mientras le golpeaba violentamente con la empuñadura en la espalda, a la altura de los hombros. El kushita lanzó un último estertor y cayó muerto.

El hirkanio le partió el cráneo con la empuñadura al otro enemigo y se liberó de su férreo abrazo. Luego se volvió hacia el extranjero, que extraía su sable del cuerpo que había atravesado.

—¿Por qué viniste en mi ayuda después de haber estado a punto de romperme la cabeza? —preguntó el hirkanio.

El otro se encogió de hombros y repuso:

—Éramos dos hombres asediados por unos bribones. El destino nos hizo aliados. Ahora, si quieres, podemos reanudar nuestra pelea. Me decías que yo te estaba siguiendo.

—Comprendo mi error y te ruego que me perdones —respondió el hirkanio rápidamente—. Ahora sé quiénes eran los que me seguían.

El hirkanio envainó su cimitarra después de limpiarla, y luego se inclinó sobre cada uno de los cadáveres. Cuando vio el cuerpo del gigante, se detuvo y dijo en voz baja:

—¡Vaya! ¡Keluka el Espadachín! ¡Muy bueno ha de ser el arquero cuya flecha está revestida de perlas!

Mientras decía esto, extrajo del dedo rígido del negro un anillo pesado y muy trabajado y lo deslizó dentro de su bolsa.

—Ayúdame a deshacerme de esta carroña, hermano, para que no nos hagan preguntas indiscretas —agregó, al tiempo que levantaba al kushita muerto por los brazos.

El extranjero cogió por la ropa manchada de sangre a un par de negros y los arrastró hasta una callejuela al lado de la cual se alzaba el derruido brocal de un pozo. Los cuerpos cayeron al agua con un ruido sordo y lúgubre. El hirkanio se volvió con una suave sonrisa.

—Los dioses nos han hecho aliados —dijo—. Estoy en deuda contigo.

—No me debes nada —repuso el otro con tono brusco y malhumorado.

—Las palabras no sirven de mucho. Yo soy Faruz, un arquero hirkanio a las órdenes de Mazdak. Ven conmigo a un lugar más agradable, donde podamos conversar a gusto. No estoy resentido contigo por el golpe que me diste, aunque, ¡por Tarim!, todavía me retumba la cabeza...

El forastero envainó su espada de mala gana y siguió al hirkanio. Avanzaron por callejuelas sombrías y estrechas. Asgalun era un contraste de esplendor y miseria, donde los opulentos palacios se alzaban entre ruinas manchadas de humo o edificios de otras épocas. Un enjambre de suburbios se amontonaba en torno a las murallas de la protegida Ciudad Interior, donde vivía el rey Akhirom con su corte.

Los dos hombres llegaron a un barrio más nuevo y de aspecto más respetable, donde las ventanas enrejadas casi tocaban las celosías de los balcones de enfrente.